

subiendo los cantos y mudando los tonos y sonadas, como quien de una baja, muda y pasa a una alta, y de una danza en un contracompás. Andan bailando algunos muchachos y niños, hijos de principales, de siete y de ocho años, y algunos de cuatro y cinco, que cantan y bailan con los padres; y como los muchachos cantan en prima voz o tiple, agracian mucho el canto. A tiempos tañen sus trompetas y unas flautillas no muy entonadas; otros dan silbos con unos hueseuelos que suenan mucho; otros andan disfrazados, en traje y en voz, contrahaciendo a otras naciones y mudando el lenguaje. Éstos que digo son truhanes y andan sobresalientes, haciendo mil viajes y diciendo mil gracias y donaires, con que hacen reír a cuantos los ven y oyen; unos andan como viejas, otros como bobos. A tiempos les traen bebida y de ellos salen a descansar y a comer y, aquellos vueltos, salen otros y así descansan todos sin cesar el baile. A tiempos les traen allí piñas de rosas y de otras flores o ramilletes, para traer en las manos, y guirnaldas que les ponen en las cabezas, demás de sus atavíos que tienen para bailar, de mantas ricas y plumajes; y otros traen en las manos, en lugar de ramilletes, sus plumajes pequeños hermosos. En estos bailes sacan muchas divisas y señales, en que se conocen los que han sido valientes en la guerra. Desde hora de vísperas hasta la noche, los cantos y bailes se van más avivando y alzando los tonos, y la sonada es más graciosa, que parece que llevan un aire de los himnos que tienen el canto alegre. Los atabales también van subiendo más; y como la gente que baila es mucha, óyese gran trecho, en especial adonde el aire lleva la voz, y más de noche, cuando todo está sosegado; que para bailar en este tiempo proveían de muchas y grandes lumbres, y cierto ello todo era cosa de ver.

CAPÍTULO XII. *Del juego de la pelota, del palo, de los matachines y patolli*



SABAN ESTAS GENTES INDIANAS (como entre nosotros se usa) el juego de la pelota, aunque diferente de el nuestro; llámase el lugar adonde se jugaba tlachco, que es como entre nosotros trinquete; hacían la pelota de la goma de un árbol que nace en tierras calientes, que punzado estila unas gotas gordas y blancas y que muy presto se cuajan, que mezcladas y amasadas se paran más prietas que la pez. De este ulli hacían sus pelotas, que aunque pesadas y duras para la mano, eran muy propias para el modo con que la jugaban, votaban y saltaban tan livianamente, como pelotas de viento y mejor, porque no tenían necesidad de soplarlas, ni jugaban al chazar, sino al vencer, como a la chueca, que es dar con la pelota en la pared, que los contrarios tienen por puesto o pasarla por encima; dábanle con solo el cuadril o nalga, y no con otra parte del cuerpo, porque era falta todo golpe contrario; había apuestas, que perdiese el que la tocaba, sino con la nalga o cuadril, o hombro, que era entre ellos gran gentileza;

y a esta causa, para que más la pelota resurtiese, se desnudaban y se quedaban con solo el maxtlatl, que eran los paños de la puridad, y se ponían un cuero muy estirado y tieso sobre las nalgas; podíanle dar siempre que hacía bote y hacía muchos, uno tras otro, tanto que parecía cosa viva. Jugaban en partida, tantos a tantos, como dos a dos y tres a tres y a las veces dos a tres, y en los principales juegos o tlachcos jugaban los señores y principales y grandes jugadores; y por adornar sus mercados, los días de feria principalmente, y otros muchos días, iban a jugar a ellos, y jugaban a tantas rayas una carga de mantas, más o menos, conforme a la posibilidad de los jugadores; y si eran reyes, villas y ciudades (como en alguna parte de esta historia hemos dicho), también jugaban cosas de oro y pluma, y también algunos se jugaban a sí mismos. Estaba este lugar del tlachco en la misma plaza del mercado, aunque otros había en otras partes y barrios. Su disposición y forma era hacer una calle de dos paredes gruesas, más anchas de abajo que de arriba, porque subían en forma más angosta las dichas paredes, y así ensanchaban el juego en lo alto de ellas; los que más tenían eran de largo veinte brazas y otros menos y en algunas partes estaban almenados estos tlachcos y muy curiosos; eran las paredes más altas a los lados que a las fronteras; para jugar mejor teníanlas muy encaladas y lisas y en el suelo; ponían en las paredes de los lados unas piedras como de molino, con su agujero en medio que pasaba a la otra parte, por donde apenas cabía la pelota, y el que la metía por allí ganaba el juego, y como por victoria rara, y que pocos la alcanzaban, eran suyas las capas de cuántos miraban el juego, por costumbre antigua y ley de jugadores; y era cosa donosa que en embocando la pelota por la piedra, luego la gente, por salvar sus capas, daba a huir con grandísima fiesta y risa, y otros a cogerles las capas para el vencedor; pero era obligado a hacer ciertos sacrificios al ídolo del trinquete y piedra, por cuyo agujero metió la pelota.

Visto este modo de meter la pelota, que a los miradores parecía milagro (aunque era acaso), decían y afirmaban que aquel tal debía de ser ladrón o adúltero, o que moriría presto, pues tanta ventura había tenido; y duraba la memoria de esta victoria por muchos días, hasta que sucedía otro que la hacía olvidar. Cada trinquete era templo, porque ponían en él dos imágenes: la una del dios del juego; y la otra del de la pelota; encima de las dos paredes más bajas, a la media noche, en un día de buen signo, con ciertas ceremonias y hechicerías y en medio de el suelo, hacían otras tales, cantando romances; luego iba un sacerdote de el templo mayor, con ciertos ministros, a bendecirlo (si bendición pudiese llamarse esta detestable superstición), decía ciertas palabras, echaba cuatro veces la pelota por el juego, y con esto decían que quedaba consagrado y podían jugar en él y hasta entonces no; esto se hacía con mucha autoridad y atención, porque decían que iba en ella el descanso y alivio de los corazones. El dueño de el trinquete (que era siempre señor) no jugaba pelota sin hacer primero ciertas ceremonias y ofrendas al ídolo del juego; de donde se verá cuán supersticiosos eran, pues aun hasta en las cosas de pasatiempo tenían tanta cuenta

con sus ídolos. A este juego llevaba algunas veces Motecuhzuma a los castellanos y lo jugaba él otras veces, porque lo tenía por bueno. Íbanse y veníanse, de unos pueblos a otros, los señores y principales, y traían consigo grandes jugadores, para jugar unos contra otros y ponían tanta y más diligencia que los nuestros en este juego; y los que jugaban mejor o ganaban burlando de los otros, les decían: decid a vuestras mujeres que se den prisa a hilar, porque habréis menester mantas; otros decían: id a tal feria a comprar ropa; y con esto tenían que reír los que miraban. Servíanse la pelota y si no venía buena, no la recibían; y después que comenzaba a andar, los que la echaban por cima de la pared de frente o a topar en la pared, ganaban una raya, o si daban con ella en el cuerpo de mala, fuera del cuadril, ganaban una raya, y a tantas rayas primeras iba todo el juego, no hacían chazas; y otros apostaban, ateniéndose a la una parte y otros a la otra; y de esta manera solían ser más las apuestas que lo principal del juego; y los que jugaban, unas veces vocal y otras mentalmente, llamaban a un demonio, que decían tener eminencia en este juego, para que les ayudase. Al buen jugador y que le decía bien la pelota, decían que lo causaba su buen hado y ventura y signo en que había nacido, y al que perdía le atribuían su desgracia a su mal signo.

Otro juego deleitoso tenían, que usaban en algunas fiestas principales, que llamaban del palo, el cual era de esta manera: Hechábase uno de espaldas y levantados los pies en alto, toma un palo rollizo, tan largo como tres varas y puesto en las plantas de los pies lo vuelve y revuelve, arrojándole en alto y cogiéndole otra vez con los mismos pies y tan presto que apenas se ve; y otros, que con el mismo palo enhestándole en el suelo, saltan con ambos pies encima; y otro, tomando por lo bajo el palo, levantando al que estaba encima, andan haciendo mil monerías. Yo he visto este juego, y todas las veces que le veía me parecía nuevo y de grande admiración, aunque ya no se usa, y si lo hay es en pocas partes, y entonces era muy común. Había tan ligeros trepadores, que sobre el palo puesto sobre los hombros de dos hombres, hacían tan extrañas y maravillosas cosas, que parecía que no se podía creer, ni que dejase de haber en ello alguna ilusión del demonio, y no había sino gran ejercicio y uso, como también lo hay en el juego de manos de los nuestros.

Tenían una manera de juego, a manera de matachines, y era que se subían tres hombres, unos sobre otros, de pies, levantados sobre los hombros y el postrero hacía maravillas, como si estuviera de pies en el suelo, andando y bailando el que estaba debajo, y haciendo otros movimientos el que estaba en medio.

Había otro juego, que llaman patolli, que en algo parece al juego de las tablas reales y juégase con habas y frijoles, hechos puntos en ellos, a manera de dados de arenillas, y dicenle juego patolli, porque estos dados se llaman así; échanlos con ambas manos sobre una estera delgada, que se llama petate, hechas ciertas rayas, a manera de aspa y atravesando otras, señalando el punto que cayó hacia arriba (como se hace en los dados) quitando, o poniendo chinas de diferente color, como en el juego de las tablas. Era

éste entre otros tan codicioso y de tanto gusto, que no solamente perdían muchos su hacienda, pero su propia libertad, porque jugaban sus personas cuando no tenían otra cosa.

CAPÍTULO XIII. *De los mercados que había y hay en estas Indias, que llaman tianquiztli, en especial de los que había en esta ciudad de Mexico*



ABÍA Y HAY HOY DÍA, EN TODA ESTA TIERRA de Anahuac, en muchos de sus pueblos, mercados que ellos llaman tianquiztli, y son los lugares donde salen a sus contrataciones, tan grandes y tan espaciosos, que no se sabe ciudad del mundo, que más anchurosos los tenga, en especial las ciudades y pueblos grandes, como son Tlaxcalla, Cholullan, Tepeyacac, Huexotzinco, Tetzcuco, Xuchmilco y todos (finalmente) los que tienen algún crecido número de gente, que son sin número; y por no dilatar este capítulo a cosas casi infinitas, las reduciré todas a los de esta ciudad de Mexico; porque vistas aquí se podrán por ellas entender las de todas las otras partes de la tierra. Tiene esta excelentísima ciudad, en cada plazuela y lugar medianamente desocupado, todos los días mercados de comer; de manera que para proveer los castellanos y los indios sus casas, no han menester salir lejos. Fuera de estos mercados hay otras plazas (como decimos en el libro de las poblaciones) donde es el concurso de la mayor parte de la gente; pero sin éstas tiene otros tres lugares muy principales, el uno de los cuales es la plaza de Santiago Tlatelolco, donde concurría, en tiempo de su gentilidad y después de cristianos muchos años, toda la gente a vender y comprar las cosas necesarias al trato humano; pero por parecer algo lejos, se traspasó este trato y comercio a los otros dos, donde a ciertos días de la semana concurre gran multitud de indios a este ministerio dicho. El primer tianquiztli, que es el de la parte de Santiago, es una plaza cuadrada, rodeada por las tres partes de portales y tiendas, y en la una acera está la tecpan, que son las casas de cabildo y audiencia, y en ellas asiste y vive el gobernador de esta parte de ciudad; la cuarta acera ocupa el convento y casa del Apóstol Santiago, que es de frailes franciscos (como tenemos ya dicho); en la mitad de esta plaza, que es una de las mayores del mundo, estaba la horca y una muy hermosa fuente, cuya agua se trajo a ella por los frailes de San Francisco, en sus principios, y no por los castellanos, como dice Herrera, aunque la segunda vez que se metió la de Azcaputzalco, que es una legua, al poniente, hizo el costo de la ciudad, en lo tocante a los materiales, pero los frailes la trajeron y los indios lo trabajaron. En esta plaza hay mercado ordinario, pero no de mucha gente, por haberse pasado el trato a los otros dos y estar ya hechos los indios a ir a ellos; y es en tanto extremo, que siendo yo guardián de aquel convento y deseando reducir las cosas, en alguna manera a su antiguo uso, solicité con el marqués de Salinas, don Luis de Velasco, el segundo, luego que entró a gober-